

EL REINO DE DIOS EN LA TIERRA

SIMBOLISMOS OCULTOS EN EL MÉXICO VIRREINAL

Leonardo Amezcua Ornelas

EL REINO DE DIOS EN LA TIERRA

SIMBOLISMOS OCULTOS EN EL MÉXICO VIRREINAL



Primera edición: noviembre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Leonardo Amezcua Ornelas

ISBN: 979-13-88411-76-2
ISBN digital: 979-13-88411-77-9
Depósito legal: M-28110-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Como un homenaje a la memoria de los grandes evangelizadores del siglo XVI que sembraron en las tierras de México la semilla de la luz y el amor; la cual seguirá dando generosos y abundantes frutos a través de los siglos en alabanza y gloria del reino de Dios.

La Profecía...

(...) Llenamente se cumplió lo que diso [dijo] Isaías y esto es lo que deseo escrivir [escribir] aquí por le redusir [reducir] a Vuestras Altezas a memoria y porque se alegren del otro que yo le diré de Jherusalen [Jerusalén] por las mesmas autoridades, de la cual inpresa [empresa] –si fee [fe] hay- tengan por muy cierto la vitoria [victoria]. Yo dice [dije] ariba [arriba] que quedava [quedaba] mucho por complir [cumplir] de las prophecías [profecías], y digo que son cosas grandes en el mundo, y digo que la señal es que Nuestro Señor da priesa en esso: el predicar el Evangelio en tantas tierras de tan poco tiempo acá me lo dice: el abad Johachín [Joaquín], calabrés, diso [dijo] que había de salir de España quien havía [había] de reedificar la Casa del monte Sión.

Cristóbal Colón, 1492

Capítulo I

El descubrimiento de un antiguo códice

La presente historia basada en hechos reales y que ha tenido un profundo impacto a nivel nacional, inició en el mes de agosto del año 2012, cuando me encontraba en un proceso de investigación sobre diversos inmuebles de tipo histórico existentes en la ciudad de Acámbaro, Guanajuato. Dicho trabajo lo inicié meses atrás, ello a fin de reunir material útil el cual sirviera para la publicación de mi segundo libro de cuentos, basados los mismos en la historia, arquitectura y tradiciones de la región, ya que el primer volumen de esta serie llamada *Acámbaro Antiguo Leyendas y Sucedidos*, publicado en septiembre de 2011 resultó un gran éxito comercial en la localidad, motivo por el cual me decidí a publicar este segundo ejemplar. Pero, ciertamente, para aquellos días ya no contaba con material fresco para realizar las mencionadas historias que tanto gustaron a la población, motivo por el cual recurrí a la observación directa y el estudio histórico de algunos inmuebles de carácter patrimonial.

De esta forma, durante este proceso referido, toqué el caso específico del antiguo templo del Hospital de Naturales; el cual es un inmueble que data de la primera mitad del siglo XVI, siendo, en esencia, el edificio virreinal más antiguo que existe en el estado de Guanajuato. Cabe mencionar que, para ese tiempo el mencionado templo lucía bastante olvidado y en proceso de destrucción, debido en gran medida a la incuria de los hombres.

Así fue como empecé por indagar los pocos datos que se tenían sobre el mismo, los cuales *grosso modo* y tomando como base primigenia lo expresado en fichas de catalogación del Instituto Nacional de Antropología e Historia, ciertamente eran muy escasos y poco ilustrativos, mencionándose básicamente que este templo poseía como elemento más destacado, una interesante portada labrada por mano indígena en el llamado estilo tequitqui, que es una mezcla de elementos indígenas y europeos, o sea, los llamados tapetes decorativos considerados por parte de los especialistas en la materia como el resultado de la libertad que los primeros misioneros brindaron a los indios talladores de este tipo de portadas, no conteniendo las mismas ninguna clase de elemento que nos pudiera remitir a una especie de sincretismo, ya que se consideraba hasta ese día de manera tajante por parte de los historiadores de arte del siglo XVI que estos primeros misioneros llevaron a cabo en estas tierras de México una política religiosa de cero tolerancia hacia las antiguas religiones prehispánicas.

Pero, por otro lado, en esa primera etapa de la investigación también pude localizar, afortunadamente, lo expresado por el investigador George Kubler en la primera mitad del siglo XX, quien básicamente mencionó en su libro llamado *Arquitectura mexicana del siglo XVI* que este templo de Acámbaro poseía una portada enigmática, la cual no se podía catalogar simplemente como una expresión de arte indígena, el ya mencionado estilo tequitqui, ni tampoco se podía catalogar tan solo como una simple serie de deformidades plásticas llevadas a cabo por los indígenas talladores de la misma, quienes quizás al no saber interpretar correctamente los planos que elaboró la persona que estuvo al frente de la obra, la misma adquirió a nivel plástico una serie de deformidades en lo que respecta a diferentes elementos de origen clásico que maneja la composición; tales como son el uso de unas muy delgadas pilastras estriadas situadas hacia ambos lados de la puerta de acceso, las cuales carecen de capitel rematando abruptamente en una franja abultada de tipo horizontal que divide visualmente dicha portada

en dos grandes secciones; jambas excesivamente gruesas y pesadas decoradas con ángeles, santos y demás elementos iconográficos, alfiz perimetral demasiado largo en sus brazos laterales y lleno de perlas isabelinas en su canto interior, etc. De esta forma, el mismo Kubler menciona en este libro citado que se debería hacer un estudio más profundo de esta portada, lo cual efectivamente valdría la pena.

Pero lo cierto es que desde la época en que Kubler realizó estos comentarios someros sobre esta enigmática portada, ningún otro investigador llevó a cabo algún trabajo serio al respecto.

Así, tomando en cuenta estos pobres antecedentes ya analizados en las fichas de catalogación y lo expresado por Kubler en su icónico libro, decidí emprender por cuenta propia una nueva y ambiciosa investigación, tomando ahora como referentes primordiales la realidad física existente en el sitio, además del acta de fundación del antiguo pueblo indio de Acámbaro, que es en esencia un documento que data de la primera mitad del siglo XVI.

De esta forma, inicié esta primera fase de la investigación con el minucioso análisis de la ya citada acta fundacional donde tan solo pude localizar de forma clara, entre otros muchos datos ambiguos, ello debido al uso de un español antiguo; que este inmueble fue construido bajo la supervisión de un fraile franciscano llamado Antonio de Bermul; ello entre los años de 1529 y 1532, lo anterior con permiso de la Primera Audiencia de México, teniendo el mismo planta rectangular de una sola nave y orientación oriente-poniente; construyéndose a la par lo que fue el antiguo Hospital de Naturales anexo, hoy demolido desde tiempos virreinales debido a causas totalmente desconocidas.

Cabe mencionar que la hoy ciudad de Acámbaro es la única localidad a nivel nacional que cuenta con un acta de fundación de la primera mitad del siglo XVI como tal, la cual ciertamente aporta datos fidedignos sobre algunos de los pormenores que implicó tal proceso. Así, en este documento citado se mencionan varios pasajes muy destacables, los cuales, supuse en aquel momento, me

podrían aportar bastante luz sobre lo que fue la conquista y fundación de este pueblo indio; además de otros datos específicos quizás relacionados directamente con la construcción del templo analizado y su enigmática portada.

Así fue como pude encontrar en este documento referido entre otros interesantes pasajes, el alusivo a la batalla llevada a cabo por parte de los conquistadores españoles provenientes de Jilotepec, actual estado de México contra los indios chichimecas, que constituían uno de los dos pueblos que habitaban esta región donde se encuentra Acámbaro. De igual manera, también pude encontrar lo relativo a los trabajos que implicó la fundación misma del nuevo asentamiento novohispano, realizados a partir del día 19 de septiembre del año de 1526, donde primeramente se trazó en un gran valle llamado del «Derramadero grande de agua», situado a la vera sur del antiguo río Grande, hoy llamado Lerma, cinco calles rectas de norte a sur y otras cinco calles rectas de oriente a poniente, quedando al centro de esta traza de tipo reticular una enorme plaza central donde se colocó una cruz de madera de sabino de cinco brazadas de alto.

De esta forma, del centro del pueblo marcado por la gran cruz y hacia la parte sur, se dieron solares a los indios de la raza tarasca y a partir de esta misma cruz y hacia la parte del norte, se dieron solares a los indios de la raza otomí, los cuales llegaron a estas tierras de Acámbaro junto con los conquistadores españoles, quedando al centro de la nueva fundación, esta gran plaza central ya mencionada, donde un par de años después se construiría por parte de los misioneros franciscanos el templo, convento y Hospital de Naturales de esta localidad. Quedando hacia el lado norte del río Grande los pobladores chichimecas, los cuales continuaron viviendo sobre las lomas y la parte alta de un cerro llamado del Chivo, ya que los mismos no bajaron a vivir al nuevo asentamiento fundado, según se expresa claramente en este documento analizado.

Pero, además, se mencionan en esta crónica de fundación, los nombres de varios de los personajes que directamente participa-

ron en esta serie de acontecimientos, tales como es el caso del cacique indio don Nicolás de San Luis Montañez, quien era un personaje de la nobleza otomí proveniente, al igual que los demás conquistadores de Acámbaro, del antiguo pueblo de Jilotepec. Así bien, en esta misma narración se cita la presencia de dos frailes franciscanos: el ya referido fray Antonio de Bermul y fray Juan de Quemada y Lazo, los cuales realmente llevaron a cabo todo el proceso fundacional como tal realizando muchas acciones en este sitio tales como fue el citado trazo del nuevo asentamiento a base de una concepción renacentista en forma de damero, situándolo estratégicamente al pie de dos montañas: el cerro del Toro, ubicado al oriente de la población y sobre el cual se colocó por estos mismos misioneros una gran cruz, la cual aún existe conceptualmente hasta nuestros días en lo alto de esta montaña; y, por otro lado, tomando como referente también el ya referido cerro del Chivo, situado hacia el lado norte de la misma fundación, donde existía en tiempos prehispánicos una especie de fuerte militar ocupado por tribus chichimecas, el cual se considera que hace miles de años (600 a. C.) estuvo habitado por la antigua cultura Chupícuaro.

Pero retomando los datos concernientes a la fundación del pueblo de Acámbaro en el siglo XVI, podemos mencionar que la misma estuvo supervisada, en todo momento y en cada detalle, por la presencia de estos dos misioneros franciscanos ya mencionados, quienes realizaron grandes obras en este pueblo indio a partir de aquel año de 1526, implicando no solo la evangelización de los naturales como tal, sino también incluyó la construcción de diversas obras de equipamiento como fue el ya citado Hospital de Naturales, la constitución de un primer cabildo indígena, además del gran acueducto proveniente desde la serranía de Tócuaro, el cual aún existente hasta nuestros días y seguramente muchas más obras de tipo utilitario, las cuales no se mencionan en esta narración de manera específica.

Pero lo cierto es que todo este relato asentado en el acta de fundación finaliza de manera un tanto abrupta al firmarse la misma

en el año de 1535, no existiendo ningún otro referente histórico a nivel nacional que nos hable sobre esta misma fundación y mucho menos sobre los dos frailes franciscanos que protagonizaron todo este relato; lo cual para ciertos historiadores convierte a esta narración, por lo menos en lo que concierne a ciertos aspectos referidos, en una especie de cuento realizado durante el siglo XVIII, ello a fin de ejemplificar diversos aspectos que implicaba la fundación de un pueblo novohispano y ante todo justificar intereses hereditarios de los descendientes del cacique indio don Nicolás de San Luis, pues es sabido que el documento que al día de hoy existe en el Archivo de la Nación y que nos habla sobre la dicha fundación de Acámbaro, no es un original, aclarándose en el mismo que este fue copiado del auténtico del siglo XVI, el cual estaba por aquel tiempo del siglo XVIII en poder de los indios caciques de este pueblo en mención.

Pero lo cierto es que todos los monumentos referidos en el acta de fundación, incluyendo la traza de tipo reticular con todas y cada una de las características mencionadas, incluidas obviamente sus medidas exactas, además de los elementos naturales del sitio como son montañas y el mismo cauce del río están ahí, tal y como se les describe de manera perfecta, lo cual me llevó a pensar en una primera hipótesis que, más bien lo que sucede en el caso de Acámbaro, es el hecho de que ciertamente no existe más material bibliográfico al respecto en archivo alguno debido a que este material se perdió al paso de los siglos debido a la incuria de los hombres, tan frecuente en tiempos pasados o quizás debido a intereses obscuros que quisieron borrar por todos los medios posibles parte de la historia del siglo XVI.

Pero, concretamente, en lo que respecta al templo del Hospital de Naturales no existían para ese tiempo más datos que los ya mencionados, los cuales más que aportarme soluciones me crearon inquietudes. De esta forma, consideré necesario en ese agosto de 2012 el tener que buscar más información de forma directa, esto es, llevar a cabo un estudio de campo sobre el inmueble analizado y su entorno.

Así fue como una soleada mañana de aquel verano, me detuve a contemplar detenidamente la fachada principal de este templo franciscano, llamando fuertemente mi atención en primera instancia, la gran cantidad de estrellas labradas en la parte superior de su portada, acomodadas de manera perfecta en franjas horizontales, las cuales rodean de cierta forma la ventana coral, hasta llegar a tocar de forma plena el gran arco de medio punto que enmarca la puerta de acceso, presentando este referido arco en sus dovelas ricamente talladas una serie de elementos vegetales como son tallos, hojas y flores en abundancia.

De esta forma, tomando como referente los principales elementos de la composición visualizados en sitio, empecé por realizar un somero estudio en diversos libros y páginas de internet sobre el posible significado que tenían las estrellas y otros astros para los antiguos pueblos de Europa, sin encontrar nada contundente más allá de lo ya conocido. Así, ahora cambié la vertiente y empecé por indagar el posible significado que tenían estos astros para los antiguos pueblos de Mesoamérica, ya que las dichas estrellas eran el elemento más iterativo en la composición, lo cual no me pareció fuera solamente con fines estéticos.

En este punto de la investigación consideré que, si bien en nuestros días la vida carece de bastantes valores éticos y morales, y el pensamiento religioso está bastante olvidado y en muchos casos tan solo es un mero formulismo social, consideré que en aquellos primeros años en los cuales se llevó a cabo la conquista española, la forma en que se vivía era muy distinta, siendo la religión el centro mismo de la existencia, tanto para los misioneros llegados de Europa, así como para los naturales de estas tierras, de tal suerte que estaba plenamente convencido de que aquella antigua portada no tenía solo elementos decorativos colocados al azar, sino que contenía en esencia un gran mensaje concebido en el pasado, el cual debía encontrar.

Así, al paso de los días me pude enterar, con base a estas primeras investigaciones que, ciertamente, los antiguos pueblos mesoa-

mericanos tenían una gran veneración por los astros. Y, entre estos planetas y estrellas, también veneraban a la Madre Tierra, a la cual concebían y representaban en sus antiguos códices como un gran disco cubierto por el árbol de la vida, situándola en el centro del universo concebido, la cual se encontraba, según su cosmovisión, rodeada de un cinturón de agua que la unía con el Cielo.

Con estos nuevos conocimientos arrojados por la investigación, contemplé nuevamente de forma minuciosa la portada del antiguo templo. Y pude percatarme con asombro de que el arco superior de la puerta de acceso a este inmueble no era otra cosa que la representación de la Madre Tierra, la cual había sido seccionada, plásticamente hablando, a la mitad, a fin de poderla colocar en el centro de toda la composición, acoplándola magistralmente a los elementos arquitectónicos diseñados.

A partir de este punto mi entusiasmo creció de manera enorme, ya que el descubrimiento de lo que yo consideraba la representación de la Madre Tierra en aquella portada del templo fue el eslabón que armó toda la composición, revelándose súbitamente ante mí lo que sus constructores habían querido plasmar. De pronto, apareció claramente la Tierra colmada de vida, rodeada por el cinturón de agua y en contacto directo con el cielo lleno de estrellas. No cabía la menor duda, estaba frente a una representación de la Tierra rodeada por los cielos.

En ese momento continuó la investigación en una siguiente fase más ambiciosa, ahora apoyándome con documentos de diversas universidades de México y España. Así fue como el rompecabezas se fue armando hasta que encontré en la Universidad de Alicante un revelador texto en el cual se explicaba detalladamente la concepción que tenían los antiguos pueblos mesoamericanos sobre el universo en general, con lo que quedó aclarado, en gran medida, el significado de la antigua portada, la cual pasó a ser, en esencia, una especie de revelador y trascendental códice plasmado sobre piedra. En este texto de la Universidad de Alicante se mencionaba lo siguiente:

«Los antiguos pueblos mesoamericanos, entre ellos los aztecas, concebían al universo compuesto de tres partes que eran: el Cielo, la Tierra y el Inframundo. A la Madre Tierra se le representaba como un enorme disco. Y se creía que este disco estaba situado en el centro del universo, estando el mismo rodeado por un anillo de agua que lo unía con el Cielo. El Cielo, a su vez, se componía según la cosmovisión azteca, de trece niveles, en forma piramidal, que servían de morada a los dioses. Los primeros cuatro niveles constituían el llamado Teteocan, que estaba ocupado por: las Tormentas, la Luz del Sol, el Firmamento, la Luna y demás manifestaciones de la naturaleza. Los siguientes nueve niveles se conocían con el nombre de Ilhuicatl, donde se encontraba la morada del Dios Rojo de Fuego, el lugar del Dios de la Estrella Blanca del atardecer y el Dios Amarillo del Sol y así, hasta llegar al decimotercer nivel que era el más elevado, donde reinaba en la eternidad el Dios Ometecuhlti, el Supremo Creador. Y debajo de la Tierra existía el inframundo, que se componía de varios niveles, pero de número inferior al Cielo. En total eran nueve niveles que eran conocidos con el nombre de Mictlán, el lugar de los muertos. En el nivel inferior tenía su morada el Dios Mictlanteutli, que era el Dios de la Muerte. Y así las almas de los muertos luchaban, a través de los inframundos hasta llegar al noveno y último nivel, donde el alma podía descansar para siempre en la eternidad».

Así fue como se amalgamó en gran medida el total de los elementos de esta enigmática portada, quedando claro que esta era, en esencia, la maravillosa representación del universo tal y como lo concebían en gran medida los antiguos pueblos mesoamericanos. Aquí fue cuando mi entusiasmo creció incontenible, ya no había la menor duda, había esclarecido que la antigua portada era la representación de un antiguo códice de inmenso valor y además había encontrado el significado del mismo, el cual era maravilloso y revelador en todos los sentidos, fue como traer el pasado al presente en un instante y encontrar en pleno siglo XXI un tesoro de incalculable

valor cultural, el cual siempre estuvo ahí a la vista de todos, pero que jamás nadie se detuvo a estudiarlo a través de los siglos y que ese día llagaba a mis manos lleno de luz. Así fue como después de casi quinientos años de su realización, este antiguo mensaje plasmado en piedra era nuevamente leído tal y como fue concebido, mostrando ante mis ojos al universo, con la Madre Tierra colmada de vida y rodeada por el cielo cuajado de blancas estrellas.

De esta forma, me di cuenta cabal que estaba ante un gran hallazgo de tipo histórico jamás localizado por investigador alguno, lo cual me generó la idea de darlo a conocer, antes que al mismo Instituto Nacional de Antropología e Historia, primeramente a los medios de comunicación, ello a fin de obtener una especie de derecho de autor. Así fue como empecé a tratar de contactar diversas televisoras a nivel nacional, sin éxito alguno en un principio; ya que si bien los medios sabían que me encontraba ante un gran descubrimiento histórico, los mismos también consideraban que si no tenía el respaldo moral de una institución de peso, lo expresado por mí no tenía valor alguno.

En esta situación estuve un par de meses. Pero no fue hasta principios de octubre de ese mismo año de 2012, cuando finalmente una televisora estatal, la cual es parte de una gran cadena nacional, se interesó en publicar mediante una breve nota en sus noticieros el mencionado hallazgo. De esta forma, tal y como se había planeado, se llevó a cabo la entrevista televisiva frente a la portada analizada, saliendo al aire al siguiente día en todo el estado de Guanajuato la nota relativa a este hallazgo, generando inicialmente una gran sorpresa entre los televidentes. Lo anterior me valió una serie de entrevistas en varios periódicos y estaciones de radio a nivel local y estatal.

En un principio todo parecía marchar tal y poco lo había concebido, pues el público estaba impactado por la noticia de un hallazgo con tales características. Pero, como suele suceder, también surgieron a la par voces de diversas personas, quienes expresaron sin fundamento alguno, tal y como al paso del tiempo se pudo

evidenciar, su total desacuerdo ante medios de comunicación en lo respectivo al mencionado descubrimiento juzgándolo como una verdadera patraña.

Lo anterior, en lugar de desalentarme, me motivó aún más, ya que estaba plenamente seguro de lo que había dado a conocer. Y, esta polémica causada por la publicación del hallazgo en sí, fue en gran medida el detonante para poder proseguir una investigación más a fondo, con el objetivo de tener pruebas más sólidas que sustentaran lo ya expresado. Pues estaba totalmente convencido de que esta portada del templo de Acámbaro, en lo que a su iconografía concierne, representaba un caso insólito de sincretismo religioso como jamás investigador alguno pudo localizar en el pasado. Pues, ciertamente, todo parecía indicar que los misioneros franciscanos del siglo XVI quisieron fusionar de manera premeditada las dos religiones de una manera evidente; esto es, las antiguas creencias prehispánicas existentes en el centro de México con la fe católica, rompiendo todas las ataduras ideológicas que los historiadores consideran limitaban a estos primeros evangelizadores. Lo que para ese tiempo desconocía por completo era que esta portada del antiguo templo era tan solo el inicio de una enorme y polémica serie de hallazgos secuenciales, los cuales superarían con creces todas las expectativas iniciales. Revelándose al paso de las siguientes etapas de la misma investigación trascendentales hallazgos para la historia del México virreinal y mesoamericano. E incluso, llevándonos a todas las personas, que al paso del tiempo nos involucraríamos en este ambicioso proyecto, a lugares y tiempos jamás sospechados.

De esta forma, a fin de poder contar con más y mayores elementos que me pudieran aportar información valiosa en torno a este maravilloso y desconocido sincretismo localizado en el sitio, tuve que realizar una serie de nuevas investigaciones, ahora basándome no solo en el análisis de los elementos iconográficos de la antigua portada, sino que tuve que remitirme forzosamente a diversas fuentes documentales aún existentes en México las cuales datan del siglo XVI.

Todo lo anterior, a fin de poder conocer de forma clara y precisa cuál fue la verdadera política evangelizadora llevada a cabo por estos primeros misioneros franciscanos en Nueva España; pues estaba seguro que la información manejada por los historiadores contemporáneos de una manera sistemática en torno a estos temas relativos al proceso de evangelización era totalmente errónea en varios aspectos, ya que los mismos nunca se habían actualizado con base a nuevas investigaciones. Por tanto, debía existir a nivel histórico una línea muy clara, la cual embonara perfectamente con lo ya localizado físicamente en la portada del templo de Acámbaro.

Así fue como una de las primeras líneas de esta siguiente fase de la investigación me llevó a averiguar a detalle quiénes fueron los primeros frailes franciscanos que llegaron a México en el siglo XVI, así como la posible ideología que estos grupos manejaban. De esta forma, pude enterarme, con base a antiguos documentos existentes en el Archivo Histórico de la Nación, que estos primeros misioneros franciscanos que arribaron a Nueva España a partir del año de 1523 y los años subsecuentes provenían de diversas regiones de Europa y no exclusivamente de España. Así, se dice que, de hecho, los tres primeros misioneros, quienes llegaron a México en el citado año de 1523 fueron: fray Pedro de Gante, cuyo nombre y apellido original eran Peter Van der Moere y que se castellanizó como Pedro de Mura; fray Juan de Tecto, llamado en realidad Johann Dekkers; y fray Juan de Aora, cuyo nombre y apellido original fueron Johann Auwera, todos ellos llegados del lejano reino de Flandes, actual Bélgica, territorio que en ese tiempo eran parte de la Corona española. Así bien, se considera que estos primeros misioneros, aunados a los 12 frailes franciscanos que llegaron al año siguiente de 1524 comandados por fray Martín de Valencia y muchos más llegados en los años subsecuentes, realizaron una labor titánica a fin de evangelizar a los miles de naturales de estas tierras.

Pero, ciertamente, estos franciscanos de los primeros tiempos de la evangelización no eran frailes comunes y corrientes, de los cuales había miles en Europa, sino que los mismos provenían es-

pecíficamente de un grupo reformista llamado de los «descalzos», el cual tuvo su origen en España con Juan Puebla en 1487, quien se sabe llegó de Italia después de una estadía de varios años en aquellas tierras, donde aprendió nuevas ideas concernientes a la importancia que tenía el retomar los verdaderos valores de cristianismo universal. Así bien, estos reformistas predicaban no solo la pobreza extrema, sino también el retiro espiritual de forma superlativa. De esta forma, aquella vida de santidad que practicaban estos reformistas motivó a que se les unieran una gran cantidad de seguidores por aquellos tiempos, llevándolos a tener que fundar varios conventos regidos por la nueva regla. Así, se dice que para el año de 1518 ya contaban con 18 establecimientos reformados en Europa, lo que los llevó a su vez a convertirse en una provincia independiente, llamada de los Ángeles. Pero ciertamente, hasta el día de hoy se ignora en gran medida de manera precisa la ideología que manejaban estos grupos reformistas; aunque se sabe que durante el siglo XVI existió una ideología franciscana en torno a lo que se consideraba como el maravilloso renacer de la humanidad en América. De esta forma, pensadores como fray Jerónimo de Mendieta expresaron abiertamente que existía una relación directa entre los hechos sucedidos en el Antiguo Testamento y la realidad que se vivía en el Nuevo Mundo, comparando a los indígenas con el pueblo de Israel y su devenir histórico. De tal manera que el pensamiento de Mendieta era propiamente una visión mesiánica del reino de Dios en estas tierras de América. O sea, que realmente entre ciertos grupos de franciscanos se tenía la idea clara de que en el nuevo continente tenían una misión celestial que cumplir, consistente en tener que fundar un nuevo reino libre de pecado y sin las ataduras que imperaban en la antigua Europa.

Pero independientemente de los anteriores datos ya citados, por aquellos mismos días, traté de adentrarme un poco más en el tema relativo al concepto localizado en la antigua portada y cómo fue que se pudo plasmar en la misma, rompiendo la dura política de tabla rasa. De esta forma, pude averiguar, entre otros puntos

de interés, que durante los primeros años posteriores a la caída de Tenochtitlan, se dio el surgimiento de códices a la manera mesoamericana sobre papel amate y cueros de animales que narraban pasajes bíblicos y en general teología cristiana, los mismos elaborados a iniciativa de algunos de los primeros evangelizadores franciscanos. Ya que no hay que olvidar que los primeros misioneros no hablaban las lenguas indígenas y a su vez los indios no sabían las lenguas europeas, lo que implicaba graves problemas de comunicación, a fin de realizar la pretendida evangelización. Y mediante la utilización de estos códices cristianos fue como se pudo realizar en muchos casos esta evangelización como tal.

Pero, para llevar a cabo este proceso, los misioneros también utilizaron otra clase de recursos, los cuales hasta ese día no se habían estudiado debidamente y con el valor que merecen, debido a la falta de elementos plásticos de peso y documentos que pudieran sustentar dicha tesis, la cual implicó la utilización por parte de estos primeros misioneros franciscanos de diversos conceptos religiosos de origen prehispánico, los cuales fusionaron hábilmente con muchos otros conceptos de tipo religioso manejados por la Iglesia católica durante el siglo XVI, lo cual hasta al día de hoy continúa siendo inevitablemente un tema tabú por parte de muchos investigadores.

De tal forma que la nueva tesis a fundamentar con base a la presente investigación debería exponer, de manera clara y sin ataduras de ningún tipo, el cómo un grupo de estos primeros misioneros franciscanos utilizaron de manera obvia y sin censura la representación a nivel plástico de dichos conceptos religiosos de origen prehispánico fusionados hábilmente con elementos plásticos relativos a la teología cristiana, lo cual implicó seguramente un proceso de sincretismo religioso mucho más amplio de lo que se acepta al día de hoy, el cual trató de fusionar ambas religiones haciendo embonar muchos pasajes de la mitología precolombina de

estos pueblos indios del centro de México con la historia sagrada bíblica y la tradición europea, tal y como un siglo después lo haría la Compañía de Jesús por todo el mundo.

Así, hasta este punto de la investigación todo parecía indicar claramente que en estas tierras del centro de México se dio, durante la primera mitad del siglo XVI, todo un proceso de tipo religioso no documentado hasta ese día, el cual trató, por todos los medios posibles a su alcance, de hacer creer a los indígenas que sus dioses prehispánicos seguirían existiendo en el nuevo contexto religioso católico; simplemente que los mismos ahora se fusionaron de manera perfecta con las representaciones de santos y vírgenes venidos de Europa, no solo en imagen, sino que ambos tenían una historia mítica en común, la cual en todos los casos embonaba a la perfección, haciendo de ambas divinidades una sola, no creándose una política de ruptura, sino, por el contrario, se creó de manera inteligente, una política de reconciliación y hermandad.

Y así, a fin de continuar fundamentando de manera sólida las anteriores hipótesis formuladas, continué el análisis en torno a diversos actores fundamentales que marcaron en gran mediada la política de evangelización realizada por la orden de San Francisco en el México del siglo XVI. De esta forma, consideré necesario en aquel momento investigar de manera seria quién fue en realidad el primer obispo de México y qué ideología manejaba este ilustre hombre.

Así, pude encontrar como datos más relevantes en torno a la figura de fray Juan de Zumárraga, que este fraile franciscano fue nombrado como primer obispo de México de forma directa por el emperador Carlos V, quien lo conoció personalmente durante unos ejercicios espirituales un par de años atrás. De esta forma, Zumárraga llegó a Nueva España en el año de 1528 con el título de «Protector de los indios». Se dice que en un principio obró de una manera arrebatada destruyendo códices y santuarios prehispá-

nicos, tal como ya lo habían realizado algunos frailes franciscanos que lo antecedieron en estas tierras. Pero al paso de los primeros tiempos, cambió radicalmente su actuar respecto a estos pueblos indios. Así, Zumárraga trató de acercar a las dos razas en conflicto: protegiendo a los indígenas y poniendo un alto a los conquistadores españoles. Además, organizó la agricultura y la ganadería casi inexistentes a su llegada a estas tierras, creando a la par hospitales y colegios para la salud y educación de los naturales de estas tierras.

Encargó al fraile franciscano Andrés de Olmos, llegado con él a Nueva España, que emprendiera una investigación profunda acerca de las antigüedades mexicanas, su mitología religiosa y todo aquello que pudiera hacer entender a ellos más sobre las antiguas religiones de los pueblos del centro de México, y con estos estudios replantear muchas de las estrategias seguidas hasta entonces, a fin de proseguir sobre bases más sólidas el intenso proceso de evangelización. De igual forma, sentó las bases para la futura Universidad de México haciendo traer de Europa la primera imprenta que existió en América; escribiendo y publicando varios libros que tuvieron gran importancia en el proceso de evangelización en ese siglo XVI. Todo lo anterior, con la ayuda e intercambio de ideas de muchos misioneros franciscanos, los cuales vivían en carne propia todas las dificultades que implicaba el intenso proceso evangelizador en estas tierras de México, tratando diariamente con un inmenso pueblo ajeno a la fe católica. Cabe destacar que muchos de estos misioneros franciscanos tenían grandes capacidades morales, intelectuales y formación universitaria.

Pero, ahondando un poco más en la figura de fray Andrés de Olmos, podemos decir que se le considera como el primer etnógrafo que se dio a la tarea de investigar de una manera seria y sistemática las antiguas culturas del centro de México. Como ya se mencionó, esta investigación realmente fue idea del propio obispo Zumárraga, ya que al llegar a estas tierras del centro de México observó, seguramente, cómo las políticas religiosas emprendidas hasta ese día por la mayoría de los misioneros, esto es, la llamada polí-

tica de «tabla rasa», no había funcionado adecuadamente, creando una situación caótica para los naturales de estas tierras, los cuales vivían en muchos casos en condiciones deplorables, no solo a nivel de bienes materiales, sino que se les había creado en base a esta política de intolerancia religiosa, una verdadera crisis existencial, dejándolos en la orfandad religiosa, no sabiendo qué hacer para entender la nueva realidad que implicaba la irreversible llegada y dominio de la civilización europea. Y, así, todo parece indicar que el obispo Zumárraga comprendió, con base a la observación directa y al intercambio de ideas con varios frailes franciscanos que lo antecedieron en estas tierras de México, la crueldad que significaba esta política evangelizadora de ruptura, y con base a estos estudios que realizó fray Andrés de Olmos, aunados a otras investigaciones ya realizadas por otros misioneros con anterioridad, es como surgió de manera plena en Nueva España una nueva y renovada política de evangelización basada en el sincretismo, tratando a partir de ese día de tender puentes que unieran a las dos razas en conflicto, amalgamando por parte de destacados teólogos muchos de los pasajes mitológicos de estos pueblos indios del centro de México con la tradición bíblica y la doctrina católica, ello sin ensuciar la esencia del dogma católico en todos los casos. Con lo anterior, sentaron las bases de una política de reconciliación cultural sobre la cual se sabe muy poco hasta el día de hoy. Y que gracias al hallazgo inicial de diversos elementos plásticos existentes en la portada del antiguo templo de Acámbaro se pudo averiguar en una primera fase la existencia de este insólito movimiento evangelizador llevado a cabo en Nueva España.

Pero, ciertamente, tratando de encontrar más documentos que me pudieran aportar información fidedigna en torno a este desconocido proceso de sincretismo religioso llevado a cabo en el México del siglo XVI, encontré en archivos que pertenecieron a la antigua biblioteca del gran convento de San Francisco de la ciudad de México, hoy existentes en la biblioteca de la Universidad de Austin, Texas, datos fidedignos sobre la ya citada investigación realizada

por fray Andrés de Olmos y publicada durante el mismo siglo XVI, la cual tuvo el nombre de *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, siendo una obra que reunía estudios de tipo lingüístico, religioso y etnológico, de la cual hoy en día solo quedan fragmentos aislados, pues al parecer se perdió gran parte de la misma al paso de los siglos, tanto en su parte escrita, así como el total de pinturas que la debieron haber conformado en base al nombre de la misma. Y en esta obra debieron haber aparecido diversos códices mostrando las creencias religiosas de los antiguos mexicanos. Y entre dichas pinturas debió de haber aparecido, indudablemente, la representación del universo mesoamericano.

Esta pérdida de información de tan valiosa investigación, realmente es algo muy lamentable desde el punto de vista histórico, ya que de haber existido dichas láminas con pinturas mostrando cómo era este mundo de los antiguos mexicanos y sus creencias, tal y como las visualizaron los misioneros franciscanos en aquel siglo XVI, ahora podríamos aclarar con total exactitud, sin dejar lugar a ambigüedades, muchas cuestiones relativas a este sincretismo religioso del que hacemos mención. Lo cierto es que dicha información desapareció, quizás por descuido. Pero no podemos dejar de sospechar que el total de dichas pinturas y gran parte de la información escrita en tal investigación fue destruida intencionalmente con fines obscuros, ya sea a finales del mismo siglo XVI o en los subsecuentes, ya que debió de haber mostrado de forma evidente las fuentes específicas de la mitología prehispánica en las cuales se basaron los misioneros franciscanos a fin de llevar a cabo el mencionado sincretismo religioso.

Pero de los pocos textos que quedan sobre esta valiosa investigación realizada por fray Andrés de Olmos, en ellos se pueden ver aún varios puntos de esta concepción que tenían los antiguos pueblos del centro de México sobre los cielos y el origen de diversas deidades, una parte de este texto es el siguiente:

«En seguida empieza el relato del mito cosmogónico hablando de la pareja de dioses creadores: Tonacateuctli y Tonacacíhuatl o

dachequecatl (Xochiquetzal), dioses eternos, "de cuyo principio no se supo jamás" y cuya morada estaba en el decimotercer cielo. Estos dioses engendraron cuatro hijos: TIatlauhqui Tezcatlipuca o Camaxtle o Moyocoya(ni), Yayauhqui Tezcatlipoca, Quetzalcóatl o Yohualli Ehécatl y Omitecutli o Maquizcóatl o Huitzilopochtli, que nació sin carne y estuvo así 600 años. Se señala que tenían muchos nombres porque cada pueblo les ponía uno diferente…».

Y en este punto se corta el texto existente, apareciendo otros párrafos aislados más adelante, careciendo de pintura alguna que muestre la representación general de dicha cosmogonía y sus deidades. De tal suerte que, tal y como se mencionó en párrafos anteriores, esta información está incompleta, pero lo que queda es prueba innegable de que los frailes franciscanos tuvieron en sus manos el total de esta información, acompañada obviamente de algún códice mostrando la dicha idea del universo en general por aquellos primeros años posteriores a la llegada del obispo Zumárraga a México. Y resulta indudable que debieron de haber utilizado dicha información con un fin específico, esto es, que sirviera para emprender el renovado proceso de evangelización.

Pero, efectivamente, para llevar a cabo este sincretismo realizado en la portada del templo de Acámbaro, los misioneros franciscanos tuvieron que haber hecho un estudio no solo de la concepción del universo mesoamericano a nivel plástico, sino tratar de fusionar el mencionado concepto prehispánico con todos sus elementos a la concepción que manejaba la Iglesia católica del mismo durante esa época. Así, pude averiguar, en un texto editado por la Universidad Nacional Autónoma de México titulado *La primera lámina del Códice Vaticano* que, en la Europa renacentista del siglo XVI al universo se le concebía como una amalgama de diversas tradiciones antiguas, aceptando del todo el concepto aristotélico como el más cercano a la teología cristiana, ya que el mismo concebía a la Tierra situada en el centro del universo, teniendo esta una forma circular, encontrándose la misma rodeada por once estratos de forma esférica, los cuales realizaban una secuencia de movimientos armónicos.

La primera de estas esferas que rodeaba a la Tierra estaba formada por agua; la segunda por viento y la tercera por fuego; estas capas conformaban la región llamada infra lunar, considerada de menor pureza que las esferas superiores. Las siguientes ocho esferas correspondían a la órbita de los planetas, estando los mismos en el siguiente orden: Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter, Saturno y, finalmente, en la undécima esfera, se encontraba el Firmamento, con las estrellas adosadas a él, incluidas las doce constelaciones zodiacales. Se creía que cada una de las esferas superiores estaban ocupadas por una materia transparente e incorrupta; y en ellas se alojaban los planetas que describían un movimiento circular, considerado el más perfecto de los movimientos. Los antiguos consideraban que el cielo era el que se desplazaba alrededor de la Tierra, imprimiendo movimiento a las constelaciones. Así, se decía que las esferas se movían gracias a la influencia del llamado Primer Motor, que era el concepto más externo de este sistema que constituía al universo y, a diferencia de los demás elementos, este Primer Motor no giraba, pues permanecía inmutable. Esta noción es fundamental porque, a pesar de la precisión y la sincronía de la dinámica celeste, el movimiento implicaba cierto grado de imperfección. Por esta razón, el Primer Motor o Primum Movile, al ser estático, constituía una entidad plena vinculada con la idea de perfección y eternidad. Los filósofos consideraban que los niveles superiores eran más puros por estar más cerca del Primum Movile y en sentido opuesto, a medida que se descendía a la Tierra, las cualidades y materia de cada esfera eran más corruptas.

Esta explicación del mundo según los principios aristotélicos, llenó las exigencias de los teólogos de la Edad Media, quienes encontraron en la armonía de este sistema, una explicación cosmológica coherente con la revelación cristiana, ya que se identificaba al Dios Omnipotente con el Primer Motor, al cual estaban sujetos todos los componentes del sistema. Para complementar el esque-

ma se agregaron otras dos divisiones a la imagen de los cielos, correspondientes a las esferas Empírea y Cristalina, que pasaron a formar parte del Primer Motor. El cielo empíreo constituía el más alto, correspondiendo al sitio donde Dios tiene su trono.

Así, con estos datos recabados comparé plenamente ambos conceptos del universo, el mesoamericano y el europeo, donde pude ver con claridad que realmente existen varias similitudes entre ambos, por lo menos en lo relativo a la creencia de que la Tierra era el centro del mismo, que esta era de forma circular y que estaba rodeada de un primer cinturón o esfera constituida por agua. Además de concebirse a la Tierra en la tradición europea rodeada por varias esferas concéntricas a la misma, que realmente constituyen una especie de estratos muy similares a los de la tradición mesoamericana. Los primeros de estos estratos, llamados por los europeos región Infra lunar, o según la tradición mesoamericana, el llamado Teteocan, estando formado el primero de ellos por el ya mencionado cinturón de agua y los restantes dos, constituidos uno por aire y el siguiente por fuego. En cambio, en la tradición mesoamericana, este Teteocan estaba formado por cuatro estratos donde residían los dioses del viento, la lluvia, la Luna, la luz del Sol y diversas manifestaciones. En lo que respecta al cielo alto, el llamado Ilhuicatl. Para los europeos estaba formado de ocho esferas, conteniendo la órbita de los planetas. Mientras que en la tradición mesoamericana era la morada de diversas deidades en cada uno de estos estratos, hasta llegar al último nivel, que en la tradición mesoamericana era el decimotercero, mientras que en la tradición europea era el undécimo. Pero en ambos niveles superiores tenía su morada el Dios creador de todo lo que existe.

De tal suerte que ambos conceptos del universo tenían varios puntos en común, los cuales aprovecharon los misioneros franciscanos, para hacer de ambos uno solo, a fin de poderlo representar en la fachada de un templo católico sin tener lugar a fuertes represalias. De hecho, al analizar con estos datos recabados el códice representado en la fachada del templo del Hospital de Acámbaro,

claramente pude observar que se nota con mucha claridad su marcada ambigüedad, ya que, de cierta forma, trataron de representar los trece niveles o estratos que constituyen el cielo, según la tradición mesoamericana. Pero, a su vez, solamente colocaron once niveles constituidos por estrellas, lo cual nos remite a la tradición europea del siglo XVI. Como ya mencioné, en el concepto europeo no existe la idea del inframundo como parte constitutiva del concepto del universo, de tal manera que, en este códice de Acámbaro, también se omitió dicha parte, haciéndola aparecer de forma velada, tal y como lo pude descubrir un poco más adelante mediante el estudio cabal de la iconografía de esta portada estudiada. Lo que ciertamente ignoraba por completo en este punto de la investigación era lo relativo a que esta enigmática portada no solo contenía fusionada la religiosidad mesoamericana y la ideología cristiana de manera obvia, sino que también contenía fusionada de manera magistral, una serie de simbolismos ocultos que hacían alusión a otra enigmática y desconocida religión.